

*«El mal que hacemos no puede ser deshecho; sólo
podemos tratar de compensarlo de alguna manera»
Todas las hadas del reino, Laura Gallego García*



Primera parte

Doce dones y una maldición

Capítulo 1

El traje nuevo del príncipe

Bèatrice tenía miedo a los pájaros. Podía tolerar algunos. A los pequeñitos y de colores vivos, por ejemplo. Los que cantaban canciones bonitas en primavera y parecían flores alegres cuando se posaban en los árboles. No se le ponían los pelos de punta si por casualidad escuchaba el agradable piar de uno de esos animalitos alados que por algún motivo querían darle a conocer a todo el mundo su alegría, que, a veces, hasta contagiaban.

Por desgracia, esos eran una minoría.

Los que abundaban en su aldea eran más bien grandes y oscuros, marrones o negros, de ojos que parecían vacíos de vida y Bèatrice no podía ni verlos. Además, no eran de los que cantaban canciones agradables, sino de los que graznaban como si les estuvieran sacando las tripas por el pico. Si uno se posaba en el alféizar de su ventana, tenía que abandonar la casa.

Ahora mismo estaba viendo uno. Si no se iba a todo correr era por educación y la imagen que no quería dar al panadero y el resto de vecinos.

—Bèa, mira. —Nadège cogió una barra de pan que les ofrecía Baptiste y se la llevó a la nariz, aspirando su aroma—. Esto huele de maravilla.

Pero Bèatrice no podía ni oler ni mirar el pan. Había un pájaro que había pensado lo mismo que su hermana pequeña y se había llevado un coscurro en el pico. Se lo estaba comiendo en un lado del mercado. La imagen le resultaba desagradable, pero no podía apartar los ojos de él. No verlo, no saber dónde estaba y que pudiera aparecer por cualquier lado era sin duda tan aterrador como la imagen que tenía en ese momento delante.

O más aún, porque daba pie a su imaginación a volar libre por donde quisiera. ¿Y si ese pájaro había picoteado también la barra que sostenía Nadège y Baptiste había llegado a tiempo para quitárselo y volver a dejarlo en su lugar?

Le recorrió un escalofrío.

—Madre ha dicho que uno de centeno, Nadège, deja de portarte como una niña —replicó sin apartar los ojos del ave.

Ah, pero es que Nadège todavía era una niña.

—Es que tú huélelo, Bèa. —Se lo acercó tanto a la nariz que juraría que se le habían metido migajas dentro. Tuvo que apartarlo de mala manera con un manotazo—. Dime que no parece apetitoso.

—Es caro. —No se molestó en bajar el tono de voz para decir aquello.

—Os hago precio —ofreció el panadero—, que venís todos los días, y yo sé cómo cuidar a mis clientes.

Nadège miró a su hermana con ojos pedigüeños y juntó las manos en el centro de su pecho a modo de súplica.

—Por favor —dijo en su tono más tierno—, que por un día no va a pasar nada...

Bèatrice puso los ojos en blanco.

—Está bien.

Su hermana dio un salto de alegría y un grito de emoción. Bèatrice sacó las monedas para pagar a Baptiste, que a pesar de haberles reducido el precio se llevó todo el cobre que su madre le había dado y parte del que llevaba encima, de sus ahorros, mientras su hermana cogía el pan y le daba las gracias.

En cuanto se alejaron del puesto, Nadège partió el primer trozo y se lo llevó a la boca.

—¡No te lo comas! —replicó, arrebatándoselo de las manos, aunque el daño ya estaba hecho. Nadège se había quedado con una buena parte en las manos y Bèatrice con más de la mitad de la barra en las suyas—. Verás madre.

A Nadège le dio igual. Le pegó un buen mordisco.

—Está calentito, Bèa. Mira, prueba un trozo. Le diremos a madre que todo lo que falta me lo he comido yo, no pasará nada.

Tenía razón. Bèatrice podría haber aguantado las ganas de comprar un pan tan apetitoso como ese: recién hecho, dorado, crujiente por fuera y blando por dentro, con la molla esponjosa. *Tenía* que aguantarse las ganas de comprar un pan así, aunque se le hiciera la boca agua solo con verlo, con tocarlo y olerlo. Siempre le apetecía porque olía mejor que ningún otro, pero siempre se contenía porque su madre hacía ya muchos años que no le concedía ningún capricho y lo que para su hermana era un regalo en ella se convertía en una regañina.

Ya mucho antes de tener la edad de Nadège se le habían acabado los regalitos y las consideraciones.

No había habido cosa que quisieran sus padres más que darle un hermano o una hermana a Bèatrice, y había que

ver con qué persistencia se habían empeñado en no traérselo. O en traérselos y luego quitárselos. Por eso su madre había cuidado y mimado tanto de Nadège y había instado a su hija mayor a que hiciera lo mismo.

Era la hija que a sus padres tanto les había costado tener, después de Bèatrice. Parecía que ella se había quedado con su fuerza y la de todos los hermanos que vinieron después, de los que solo sobrevivió Nadège.

Nadège había sido la luna en la noche más oscura.

Nadège había sido la lluvia tras una fuerte sequía, el calor tras una helada y el plato caliente en una noche de tormenta. La hija superviviente que tanto tiempo llevaban esperando.

Bèatrice solo era la mayor, la que era sana y fuerte y por eso tenía que ocuparse de las tareas más arduas, de los viajes más largos y de cuidar de su hermana.

Sin embargo, a pesar de haber vivido más que todos los hermanos que casi hubo entre las dos, Nadège solía enfermar a menudo y en más de una ocasión su madre pensaba que se le iba. Bèatrice también lo había llegado a pensar cuando fue lo suficientemente mayor como para comprender que las personas que ella conocía y quería también se podían morir. Más o menos cuando cumplió los ocho años.

Más o menos cuando entendió que su padre no iba a volver.

Nadège necesitó mucha más comida que cualquiera de la familia en sus períodos de enfermedad: carne, sopas, cerveza en abundancia... Su madre se había quedado sin comer días enteros para dárselos a su hija y Bèatrice, aunque no había llegado a tanto, había cedido parte de sus cebollas.

Nunca confesó que parte de su sacrificio se debía a que no le gustaban en absoluto.

Así que aquel día se permitió partir un buen trozo de aquel delicioso pan y saborearlo con delicadeza. Nadège era comilona; madre no sospecharía que había tenido ayuda para comer tanto.

—¡Di que sí! —la animó.

Bèatrice masticó con una media sonrisa y rodearon la aldea para que les diera tiempo a saborearlo bien, quedándose con el regusto en la boca, antes de volver junto a su madre.

Atravesar el mercado era de lo peor. Ocupaba mucho y apenas había espacio para caminar. Cuando llovía no tenían mayor refugio que el de debajo de sus sayas y cuando hacía calor la aglomeración de gente solo lo empeoraba.

Los límites de la aldea eran mucho más tranquilos. Al este había un pequeño bosquecillo con un riachuelo, un lugar de calma, como un oasis, aunque a su madre no le gustaba mucho que se fueran para allá. En el oeste, donde estaban ahora, se abandonaba ese reino, Saerre, para tomar el camino a otros y para visitar las granjas y los campos.

Sentadas allí, bajo los calientes rayos del sol, la suave brisa y sin pájaros, estaban la mar de bien.

Al menos hasta que a Nadège le dio por gritar:

—¡Lou! ¿Qué tal vas?

La joven levantó una mano en todo lo alto para saludar al muchacho, que iba cargado con cántaros llenos de leche que traía desde su granja. Bèatrice estaba tan absorta en el pan que no se había dado cuenta de que su vecino se acercaba.

—No tan bien como vosotras, chicas. Ese pan tiene una pinta estupenda.

—¿Quieres un poco?

—Nadège.

La muchacha puso los ojos en blanco en dirección a su hermana y alzó las cejas, preguntándole que qué pasaba ahora.

—Sabes que madre no quiere que hablemos con extraños.

«Y mucho menos querría que compartieras un pan tan caro con ellos» pensó, pero se ahorró el comentario para no arriesgarse a que Lou las escuchara.

—Lou no es un extraño. Es el hijo de Orson, que lleva siendo amigo de madre desde... bueno, desde antes de que las dos nacióéramos, yo creo.

Era verdad. Los padres de Lou y los suyos habían sido amigos desde hacía años. El muchacho era menor que Bèatrice y mayor que Nadège y la primogénita recordaba ser pequeña y jugar con él, tanto en su granja como en el taller.

Luego jugaban solo en la granja y después casi que ya no se habían vuelto a ver.

A su madre no le gustaba nada que más gente de la necesaria pisara el taller.

Lou tenía otro hermano de complexión mucho más enclenque que no iba con él en ese momento. Ni casi nunca, creía ella. Todos en esa familia eran morenos, en parte de forma natural y en parte por todas las horas que pasaban al sol. Lou llevaba flequillo, y sopló hacia arriba sonoramente para apartárselo de los ojos y recordarles a las chicas que seguía allí, y cargando con un gran peso.

—Eso da igual. Y lo sabes —replicó Bèatrice, tirando de su hermana por el codo para acercarla a ella y alejarla de Lou, a pesar de que no estaban ni por asomo cerca.

—No soy boba, no voy a decirle nada de la...

—Son órdenes de madre, Nadège.

Ella hizo una nueva mueca, esta vez en dirección al muchacho, disculpándose por tener que retirar su ofrecimiento y por la hermana tan gruñona que tenía, y se alejaron de nuevo las dos juntas.

Llegaron a casa al poco, con su madre cosiendo, como de costumbre. Vivían encima del taller, como había hecho su madre antes que ellas y su abuela antes que su madre. Vivían arriba y trabajaban abajo, sobre todo Géraldine, que había recibido muchos encargos recientemente y parecía que por fin iban a poder permitirse pan recién hecho todos los días, aunque fuera de centeno.

En ese momento estaba haciendo una saya.

—¡Hola, madre! —saludó Nadège. Se acercó a ella y la besó en la frente. Su madre no le devolvió el saludo, seguía cosiendo. La muchacha sacó la barra de pan (la mitad que quedaba) de la cesta donde se la había llevado—. Mira qué pan tan delicioso ha dejado que compre Bèa. Ha sido de lo más comprensiva.

Géraldine levantó los ojos de su tarea para estudiar el pan que le mostraba su hija. Solo con un breve vistazo se dio cuenta de que era más caro del que había pedido. Béatrice no miró a su madre a los ojos para no sentir que la empezaba a regañar sin necesidad de pronunciar palabra. Simplemente dijo:

—Me alegro, tesoro.

—¿Quieres un trozo?

—Ahora no. ¿Por qué no le subes un pedazo a la abuela? De la parte del centro, donde esté más blanda. Seguro que le gusta.

—¡Claro!

Nadège se dio media vuelta con tanta gracia que su larga cabellera rubia dio a su madre en toda la cara. Géraldine no protestó. Esperó a que subiera las escaleras para ver a su abuela y cuando escuchó su tono vivaracho habitual dirigiéndose a su madre fue cuando se dirigió a su hija.

—¿Se la has comprado?

Bèatrice se encogió de hombros.

—Se ha encaprichado.

«Como de Lou» pensó, pero no lo dijo.

—Gracias, cariño. —Metió la mano en el delantal que caía sobre la falda de su propia saya y sacó un par de monedas de cobre—. Toma, no te gastes tu dinero.

Bèatrice lo cogió.

—Gracias, madre.

Géraldine dejó entonces las telas y sus instrumentos de trabajo a un lado y se acercó a Bèatrice. Bèatrice no era rubia como el resto de mujeres de su casa, tenía el cabello y los ojos al igual que su padre: casi negros. En un cuadro, el elemento a desentonar hubiese sido ella desde que su padre se había marchado.

No le gustaba, pero ya se había acostumbrado.

Su madre se cercioró de que Nadège no estuviera cerca antes de inclinarse hacia su primogénita y susurrarle:

—¿Has oído algo?

—Con Nadège es imposible. Habla muy alto y salta continuamente. Es muy difícil caminar con disimulo por el mercado con ella.

Géraldine apretó los labios. Sabía que tenía razón, que cuando su hija pequeña no se encontraba enferma era escandalosa y enérgica de más, pero no le gustaba que Bèatrice

dijera cosas que no fueran halagos de ella. A Géraldine le gustaba verla saltando, riendo y gritando, porque significaba que se encontraba bien y sana.

—Se nos está acabando el tiempo, Bèa.

Había dos formas de que su madre la llamara. Era Bèatrice cuando le daba una orden y Bèa cuando le pedía un favor. Luego estaba su hermana, la primera en ponerle un diminutivo hacía años porque su lengua de trapo era demasiado torpe como para pronunciar su nombre completo, y su abuela y el resto de vecinos, que siempre la llamaban Bèatrice.

—Lo sé, madre. Voy a beber algo y saldré de nuevo al bosque, a ver qué encuentro.

—Vuelve antes de que anochezca. Toma. —Géraldine cogió toda la hogaza de pan que Bèatrice había comprado y varias piezas de fruta en la misma cesta que se habían llevado. Naranjas. Sobre todo le había puesto naranjas—. Y ten cuidado si coges alguna fruta por ahí, ¿eh?

—Sí, madre.

Le besó la frente antes de empujarla por la puerta.

—Corre, antes de que tu hermana quiera irse contigo. Hasta luego, cariño.

—Adiós.



Era un príncipe, había ido preparado. Su mejor traje, el que le habían diseñado y confeccionado a medida y a su gusto, jaqueta granate, calzas azules, galochas que no había usado nunca antes...

Todo para que acabara revolcado en el barro.

No había sido a propósito y Philippe lo sabía, pero eso no hacía que se sintiese mejor. Su caballo se había asustado cuando un lobo se había cruzado por su camino (no era para menos, Philippe también se habría asustado de haber sido caballo y no contar con más armas que sus coces para defenderse) y el cochero no había podido hacer nada para que el animal se tranquilizara: empezó a dar golpes con las patas delanteras y traseras y haciendo volcar el carruaje y tirando al príncipe y todos sus objetos personales al lodo.

Philippe no era de esos nobles a los que les gusta echarle la culpa de todo al resto de plebeyos. No había una razón para ello, en realidad, puesto que no era el ejemplo que tenía de su familia, donde acostumbraban los gritos por cualquier minucia propia de un error de lo más humano. Quizá fuera la repulsión que le ocasionaba ver que eso ocurría entre las paredes de su hogar lo que le había hecho tener una actitud diferente con sus ciudadanos y con los criados que trataban con él. A veces, Philippe se daba cuenta de que lo usaban para notificar de un problema del que se habían dado cuenta o que ellos mismos habían cometido y el príncipe se los pasaba a sus padres de la forma más suave que podía, aunque a en ocasiones resultaba imposible evitar que los pusieran en la calle.

Para cuando llegó al castillo del rey Stéphanos el barro se había secado e incrustado entre los hilos de sus mejores ropas. Las lavanderas hicieron todo lo que pudieron, pero tras varios lavados todavía se notaba la suciedad. No estaría limpia y seca a tiempo.

Philippe estaba enfurecido. La princesa estaba a punto de cumplir años, estaba a punto de regresar a palacio por prime-

ra vez desde que era un bebé, a punto de anunciar su compromiso y él no iba a poder ir vestido para la ocasión.

—¿Dónde está la costurera de la corte? —le preguntó Philippe al criado que le había subido sus ropas, lavadas y secas, pero todavía sucias.

—No... no se encuentra en el castillo, alteza.

—Estupendo —farfulló—. ¿Hay alguna villa cerca de aquí?

—Sí, alteza. A caballo se tarda muy poco.

—Muy bien —ironizó el príncipe. No le hacía especial ilusión volver a ir en caballo—. Diles a sus majestades que me ausento un momento a solucionar este destrozo.

—¿En... la aldea?

Philippe enarcó una ceja ante la reacción del criado.

—Sí. Habrá costureras o sastres allí, ¿cierto?

—Si mal no recuerdo, mi señor...

—Pues que así quede.

Le arrebató su ropa de las manos, con fuerza pero sin brusquedad, y se las echó en un hatillo que llevó consigo.

La vestimenta que llevaba en ese momento era del rey y le quedaba ancha y corta. Tampoco eran sus mejores galas y tenía que confesarse a sí mismo que se sentía algo raro con ellas puestas, aunque de algún modo sirvieron para pasar más desapercibido por la aldea. No había estado allí nunca, ni siquiera años atrás, cuando era solamente un niño que acudió a la ceremonia de la princesa. Y ni siquiera de haber estado en esa aldea entonces podría recordar dónde se encontraban sus puestos; por aquel entonces solo tenía dos años. Había olvidado por completo los tejados oscuros, rotos en su mayoría, las ventanas pequeñas y los niños que frecuentaban las calles jugando solos.

Por fortuna no tardó en encontrar el «Taller de Camille», un sitio pequeño, con la madera de la señal a punto de caerse. Por dentro parecía estar iluminado por nada más que la luz que pasaba por las ventanas. Daba la sensación de que no ganaba ni para velas.

Triste, pero era lo que había.

Philippe llamó antes de entrar. Un príncipe ante todo debía tener buenos modales, a pesar de que la otra persona no supiera que se trataba de un monarca, porque uno era educado para sí mismo, y no para los demás. Así se lo habían enseñado.

Le abrió la puerta una señora que parecía bastante sorprendida de recibir visita. O clientes.

Lo miró de arriba abajo como el protocolo indicaba que nunca debía hacerse:

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Necesito un sastre para algo urgente.

—¿Un remiendo?

—Más bien una confección completa.

La mujer suspiró.

—No tengo telas suficientes. Un buen remanso de hilos de todos los colores sí, si quiere, algún que otro retal me queda para un roto, pero no telas para una confección desde el principio.

—¿Cómo es que tiene un taller de costura sin telas?

La tal Camille lo miró de nuevo, con más descaro todavía que antes.

—Usted no es de aquí, ¿cierto?

El príncipe se cubrió un poco para que no lo reconociera.

—Estoy de visita.

—Eso explica muchas cosas. ¿Sabe usted lo de la princesa Thalia?

—Algo he oído.

—Entonces sabrá que aquí ya no hay ruecas.

Philippe lo sabía. Lo sabía desde hacía mucho tiempo, aunque no desde siempre. Sus padres no paraban de repetirle que se casaría con la princesa Thalia, y la belleza con la que la princesa Thalia había nacido, y lo lista que era la princesa Thalia...

Cuando fue algo más mayor preguntó cuándo iba a conocer a la bella e inteligente Thalia y los reyes se tornaron mucho más serios; le explicaron lo de la princesa y por qué no podría conocerla hasta que cumpliera los veinte años.

Y lo de las ruecas.

Philippe entonces todavía no sabía para qué servía una rueca, pero aprovechó una de las veces en las que le estaban haciendo un traje para preguntarlo. Su sastre se lo explicó y le enseñó una: la rueca, el huso, el volante. Un gran avance para tejedoras y costureras, que habían podido empezar a dar puntadas mucho más finas y elaborar ropas mucho más modernas.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que cuesta comprar telas en otro reino? Y yo estoy sola, no puedo irme así como así. No puedo dejar esto solo, por si entra algún cliente, para ir a comprar. No sucede mucho, pero a veces pasa. Ya ve, aquí estáis vos. No, yo me tengo que esperar a que la hija de Géraldine vaya para traerle a su madre y pedirle que me dé a mí también. No me cobra el viaje, ¿sabe?, solo lo que cuesta el material, por supuesto. Somos viejas amigas.

—Ya.

—Y no malgasto mis hilos en hacer telas. ¿Sabe cuántos hacen falta? Muchísimos, muchísimos, más de los que sé contar... Hace tiempo que ya no tejo, desde que le vendí mi telar a Géraldine, que ella sí teje, porque sus dos hijas la ayudan. ¡Ay, esa época! Tenía mucha hambre. Es una buena persona, ¿sabe? Géraldine, digo. Ella le podrá confeccionar. Yo no, pero me quedan algunas cosas de las que cosí cuando tenía telas. ¿Quiere pasar a ver si hay algo que le guste?

—No, muchas gracias. Como le decía, me corre algo de prisa.

—Entonces vaya donde Eugenie. Allí le atenderán bien. Es la madre de Géraldine, todo el mundo la conoce. Ella no cose ya, porque es mayor; los dedos ya no le dejan coger agujas o cortar las telas con precisión.

Camille anduvo hasta la puerta y señaló con un dedo encogido y nudoso a las espaldas del príncipe.

No tardó en encontrar el sitio, aunque a diferencia del primero al que había ido, allí no ponía más que «Eugenie». De no haber sido por las indicaciones de la costurera, Philippe no habría tenido forma de saber que aquello era un taller de costura.

Llamó con los nudillos.

—Buenos días —lo saludó una mujer, más o menos de la misma edad que Camille, con la cabellera que parecía de un tono rubio oscuro recogida en una cofia. Fue mucho más sutil que la primera costurera cuando lo miró—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Tiene telas?

La pregunta no tuvo malicia ninguna, simplemente quería asegurarse de que no le ocurría lo mismo que en el taller de Camille, aunque le pareció que la mujer palidecía.

—Eh... s-sí, claro. Esto es un taller de costura.

Eso había pensado él.

—¿Cree que podría hacerme un traje idéntico a este?

Se acercó a la mesa en la que estaba trabajando y ella apartó sus bártulos para ver qué le iba a mostrar aquel muchacho.

La costurera estiró las prendas sobre la mesa y apreció la calidad de las telas que tenía entre sus manos. Una pena que estuvieran tan sucias como se encontraban aquellas. Géraldine estudió el cuello, alto; los botones, de oro; las mangas, excesivamente abultadas. Demasiados elementos impropios de cualquier paisano de la aldea...

—Disculpe —dijo Géraldine, que empezaba a no atreverse a mirarlo a los ojos. Si sus sospechas se confirmaban...—. ¿Quién me ha dicho usted que es?

«Es buena» pensó Philippe.

—Soy el príncipe Philippe de Bonn.

La costurera palideció y esa vez no fue ninguna impresión que tuviera el monarca. Abrió la boca y la cerró sin decir nada repetidas veces, como una tonta. Finalmente, hizo una reverencia tan exagerada que le crujió la espalda y después le costó levantarse.

—Me sentiré mucho más satisfecho como príncipe si pudierais tenerme una réplica de esto para mañana a primera hora —dijo, invitando a la mujer a que se incorporara de nuevo.

Géraldine miró de nuevo las prendas. Conforme las iba estudiando, se fue dando cuenta de la complejidad que tenían. Y no solo eso: también la ornamentada.

—Son detalles muy cuidados, su alteza, y me temo que hay algunos materiales que no tengo. Si me permitís usar estos mismos botones y aprovechar retales de la tela que está en mejor estado...

—Puede quedarse lo que quiera de lo que tiene ahora mismo entre las manos. Use lo que necesite y luego quédese con el resto, quizá pueda hacer algo. Entiendo que es mucho trabajo, pero su tarea será recompensada.

El príncipe metió la mano en una bolsita de terciopelo y dejó que cinco monedas de plata rodaran por la mesa, chocando contra la jaqueta sucia de la que Géraldine había estado explorando los botones.

Una cayó al suelo, haciendo que el corazón de la costurera latiera con fuerza.

La costurera no se lo tuvo que pensar mucho más. Aunque se había puesto tensa cuando le había preguntado por las telas y cuando se había dado cuenta de que era un príncipe, aquel encargo quizá fuera solo el primero de muchos pedidos reales.

Y la prohibición de las ruecas pronto llegaría a su fin...

—Mañana al amanecer lo tendréis listo, alteza.

«Aunque tenga que quedarme toda la noche cosiendo».

Lo acompañó hasta la puerta. Un paso, reverencia, dos pasos, reverencia, tres, reverencia, y aguardó hasta que estuvo lo suficientemente lejos como para llamar a su hija.

—¡Nadège! ¡Nadège, baja aquí ahora mismo!

Ahora se arrepentía un poco de haber mandado a Bèatrice a... a lo otro. Su primogénita era mucho mejor con los hilos que su hija pequeña.

Pero la tarea que debía hacer era casi más importante.

Nadège bajó rauda ante los gritos de su madre. Le pidió que la ayudara a estirar las prendas para sacarles su patrón y a continuación su tarea fue arrancar y limpiar los botones y descoser los paños de algodón que cubrían las calzas. Y eso Nadège sí podía hacerlo.

Capítulo 2

La campesina que hablaba con los animales

Los pájaros buscaban su comida. Bèatrice sabía que era mala idea dársela, incluso la menor de las migajas, porque eso equivaldría a que la persiguieran por todas partes para que les diera más y más, y, cuando no le quedara nada, los pájaros no podrían entenderlo y se quedarían con ella hasta que se cansaran o hasta que se la comieran a ella y luego terminarían con sus provisiones. Y los pájaros eran difíciles de cansar.

Encontró una rama gruesa caída de un árbol. Dejó su cesta a un lado y se las ingenió para sacudirlos con ella hasta que todos acabaron espantados y su comida, intacta. Afortunadamente. Todavía le quedaba un buen rato para poder llegar a casa.

Odiaba que los pájaros estuvieran por todas partes.

Bèatrice no se lo había dicho a su madre, pero no le quedaba ni un solo árbol del bosque por comprobar. Llevaba años cruzándolo, caminando hacia otros reinos, fingiendo que iba a comprar telas e hilos (comprando algunos de hecho, por si la guardia real decidía pararla por el camino y quería ver qué llevaba encima; siempre tapaban los vellones de lana que adquiriría a mucho menor precio que los ovillos y los carretes

para hilarlos en casa). Llevaba años dando rodeos más grandes de lo que cabía esperar por el mero hecho de buscar por otro sitio a la princesa.

Esa era su misión: encontrar a la princesa.

No debía de ser difícil lograrlo; estas personas eran muy finas y muy delicadas y cualquier mínimo trabajo les molestaba, así que cualquier chiquilla de la edad de Nadège que mostrase disgusto en la aldea era sospechosa de ser la princesa. Incluida la propia Nadège.

Al principio se había encargado su madre, cuando la abuela todavía podía coser y encargarse de los pedidos que llegaban, pero pronto Eugenie no pudo evitar que se le notaran el peso de los años que llevaba a sus espaldas y que la inclinaba hacia delante, la arrugaba y le encogía los dedos. A los catorce años, Béatrice ya era lo suficientemente mayor como para encargarse de la tarea ella misma. Tenía que buscar a una princesa, aunque no sabía cómo era. Su madre se la había descrito como una niña muy guapa, de cabellos dorados y que era un poco más mayor que su hermana.

No le dijo por qué debía dar con ella hasta mucho después, cuando pudo entender por qué era tan importante hacerlo.

Alguna vez, Bèatrice había pensado en lo ridículo que sería esconder a la princesa en el mismo reino de sus padres, en el que se la había maldecido. Si ella hubiese tenido que urdir un plan para mantener a una persona a salvo, entonces la habría mandado lejos, todo lo lejos que se pudiera ir de aquel reino sin caerse por los bordes del mundo.

Sin embargo, a lo largo de los años había escuchado rumores. Rumores de fiar, porque venían del pregonero, que se dedicaba a eso precisamente; le gustaba contar y esparcir chismes

allá por donde fuera. Y encima podía ganar dinero con ello. El pregonero frecuentaba la aldea y era fácil soltarle la lengua, sobre todo si sabías cómo hacerlo. Para su madre no lo era tanto como para otros artesanos de la zona, porque tentar a alguien con ropas y complementos no funcionaba siempre. Baptiste, por ejemplo, le regalaba panes como el que Bèatrice y Nadège habían comprado esa mañana tan solo por comprar una hogaza y Orson le echaba carne de más cuando ya le había cobrado la que había pedido y se aseguraba de que lo viera.

Géraldine y su familia poco tenían para ofrecerle al pregonero hasta que se le rompieran las calzas.

Por eso Bèatrice había estado presente siempre, cada día en el mercado, esperando que ocurriera justo algo como eso.

Ya sabía que Adolphe, cuando iba, lo hacía siempre a la misma hora: la última de la mañana, cuando el sol empieza a descender. Y Bèatrice sabía por dónde venía: por el camino del valle. Así que todos los días su madre le mandaba algún recado para que estuviera por la zona a la hora justa.

Si el pregonero no aparecía, volvía enseguida con las manos vacías.

Si resultaba que le tocaba comprar algo...

Muchas veces Bèatrice se cubría la cabeza para que no la reconocieran. A veces llevaba los vestidos de su hermana, que le venían cortos, o el pelo en una cofia de su madre (cuando a ella le gustaba siempre llevarlo suelto) que le tapaba las orejas y parte de la cara.

Y seguía de cerca al pregonero.

Caminaba lo bastante lejos de él como para que no se diera cuenta de que nadie hacía exactamente su mismo camino. Cuando se paraba, Bèatrice ya sabía más o menos a quién le

daba más bola, por lo que o bien se detenía en un puesto cercano y hacía como que le interesaba mucho un producto que al final dejaba de prisa y corriendo para no perderlo, o bien se detenía en el mismo sitio que él. Tenía bastante buen oído, por lo que podía quedarse a cierta distancia y enterarse de lo que decía. A menos que la acompañara Nadège y el escándalo que la caracterizaba a todas partes.

Tenía dieciséis años cuando, de su primera escucha a escondidas entre el pregonero y Orson, sacó que la princesa estaba siendo protegida por tres de las hadas que le habían dado dones en su ceremonia de nacimiento.

—¡No me digas! —exclamó Orson, tan alto que asustó a Bèatrice.

—Como lo oyes. La están criando *tres hadas* hasta que cumpla los veinte.

Por si le había quedado alguna duda.

Por aquel entonces, la princesa Thalia no debía tener más de diez años.

Al escuchar a Adolphe hablando con Baptiste, lo que descubrió fue:

—Además, la están criando como a una... campesina. — Esto último lo dijo muy bajito y le costó entenderlo.

Afortunadamente, Baptiste se lo exclamó a continuación:

—¡¿Como a una campesina?! —

—Shhhh.

—Perdona, perdona. ¿A la princesa? —repitió el panadero en un susurro—. ¿Cómo una campesina? ¿Pero no la estaban criando unas hadas?

—Así es. Pero sin una pizca de magia. Algo de que Mauvais podría rastrear su magia o algo así. No tiene ni idea de

que es una princesa. De modo que esa chica se encontrará con que cumplirá veinte años y tendrá un reino a sus pies y un príncipe esperándola para casarse con ella.

Ahí fue cuando Bèatrice supo cómo se llamaba la malvada hada que había maldecido a la princesa Thalia.

Y, con ella, a toda su familia.

Géraldine no había sabido cuál era el nombre del hada que lo había empezado todo hasta que su hija se lo dijo aquella misma noche.

Bèatrice había escuchado más cosas a lo largo de los años, como quién sería su príncipe, que la reina había enfermado aunque pronto se puso bien o, más recientemente, que acudirían multitud de invitados de otros reinos para celebrar la vuelta y el cumpleaños de la princesa.

Le daba un poco de pena, si se paraba a pensarlo. Aquella niña había vivido toda su vida engañada, siendo criada por hadas que sin duda le darían cariño, pero que seguramente no podría asemejarse al de sus padres. Había vivido como una persona normal, en la ignorancia, en lugar de haberle dicho que debía mantenerse alejada de los extraños, especialmente de las hadas con alas negras, y que nunca, bajo ninguna circunstancia debía acercarse al huso de una rueca. Y mucho menos tocarlo.

La habían dejado sin armas por darle la protección que creían mejor en vez de la protección que necesitaba.

Y esa decisión había hecho cambiar la vida de Bèatrice, que se encontraba vagando por el bosque, buscando la dichosa casa con las tres dichosas hadas y una princesa disfrazada de campesina para lograr que su familia dejara de tener miedo.



Bèatrice volvió a casa justo antes del anochecer, como le había pedido su madre. Géraldine la miró esperanzada nada más entrar por la puerta, pero Bèatrice sacudió la cabeza con pesar como llevaba haciendo más o menos once años, once meses y treinta días.

Se encontró a su madre y a su hermana cosiendo. Le extrañó. Aunque la actividad era habitual en Géraldine, no sucedía lo mismo con Nadège.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, dejando la cesta, ya vacía, a un lado de la puerta—. ¿Qué haces cosiendo?

—¡Bèa! ¡Madre mía, no te vas a creer lo que ha pasado!

Por el tono de voz de su hermana cabía esperar que era algo bueno. El problema era que Nadège hablaba siempre así y ya costaba identificarlo.

—¡Madre ha conocido al príncipe!

Bèatrice no entendió qué había exactamente de emocionante en todo aquello. Su madre siempre había dejado bien claro que cuanto menos gente hubiera cerca de casa, mejor, y por lo que ella sabía esa regla se extendía y con más razón hasta los monarcas.

—¿Y eso es bueno?

—Le ha pedido a madre que le haga un traje nuevo.

La joven abrió la boca, anonadada y casi enfadada de que su madre de verdad hubiese dejado pasar a la realeza a su taller.

—¡Madre!

—Está todo bien, Bèatrice.

—¿Ha estado aquí?

—No ha pasado nada —insistió su madre bajando la voz, e instando a su hija a hacer lo mismo.

—¡De momento! ¿Qué clase de príncipe se encarga de sus propias tareas? —Esto último lo dijo más para sí misma, pero su madre se tomó la pregunta como una que precisaba respuesta.

—*Este* príncipe. Ha venido por la princesa, ¿adivinas quién es?

—Tendrá que venir a por su traje, entonces. ¿Cómo vamos a justificar las telas? ¿Y los hilos?

—Al parecer se pasó antes por donde Camille y ella ya le dijo que tú vas a comprar materiales de vez en cuando. Además, he podido reutilizar mucha tela de la que me ha traído. No ha preguntado nada, Bèa, tranquila.

Pero era muy difícil estar tranquila. Bèatrice se asomó de nuevo a la calle, asegurándose de que nadie la había seguido o de que nadie había estado vigilando su casa en su ausencia. Se asomó a la ventana trasera. Subió al piso de arriba, donde estaba su vivienda, e inspeccionó desde allí también.

A simple vista no había nada raro.

Bajó las escaleras de nuevo. Casi las sobrevoló.

Fue hacia la habitación de atrás y movió la alfombra. La trampilla quedó al descubierto y tiró de las manivelas hacia atrás para abrirla y ver el enorme boquete que había en el suelo.

Allí estaba.

La rueca.



Bèatrice no durmió bien aquella noche. Demasiados pájaros y demasiada realeza por un día.

Tampoco podía olvidar que se le estaba echando el tiempo encima.

Se fue a dormir prácticamente sin comer nada y eso ayudó a que apenas pudiera descansar.

Aunque si no encontraba a la princesa iba a tener todo el tiempo del mundo para hacerlo, porque estaría muerta.

Después de dar un centenar de vueltas, decidió que no tenía mucho sentido quedarse en la cama. Le quedaban unas pocas horas para dar con el paradero de la princesa y no tenía ningún sentido pasarlas en su lecho.

Cuando bajó las escaleras y se dirigió al taller, comprobó que su madre todavía no se había acostado. Las únicas que parecían descansar en esa casa eran Nadège y Eugenie.

El traje nuevo del príncipe estaba terminado, Géraldine solo estaba siendo perfeccionista. La luz de las velas que todavía necesitaba para poder ver repiqueteaba contra las telas y brillaba sobre los botones dorados.

—Madre.

—Bèatrice, ¿qué haces despierta a estas horas?

—¿Qué hace usted despierta a estas horas?

Estiró las prendas de nuevo sobre la mesa. No podían tener ni una sola arruga.

—Terminando el trabajo.

Era lo más fino que Béatrice hubiese visto jamás en primera persona, tanto sobre alguien como algo que su madre cosiera. Había puesto un cuidado exquisito en imitarlo y coserlo para estar a la altura de quien se lo había pedido.

—Estaba terminado anoche cuando me fui a dormir. ¿No se ha acostado todavía?

—Lo haré cuando lo termine.

—Madre —Bèatrice la cogió de las manos para que dejara de tocar la tela o al final acabaría ensuciándola—, el traje está listo. Vaya a descansar, ¿de acuerdo?

Como si hubiera activado un resorte, su madre bostezó.

La joven la empujó levemente hasta llevarla a los pies de las escaleras. Chirriaban con el frío y hacían un poco de ruido, pero la abuela estaba medio sorda y Nadège era de sueño profundo, así que ninguna de las dos se enteraría.

—¿A dónde vas tú?

—Voy a buscar a la princesa. No puedo quedarme aquí acostada sabiendo que puede llegar en cualquier momento y nosotras no... No puedo, madre. Las pocas horas que queden hasta su llegada debo aprovecharlas.

Géraldine la acarició.

—¿A qué hora vienen a por el traje del príncipe?

—Vendrá él mismo. Al amanecer le dije que estaría.

Bèatrice miró por la ventana. El cielo empezaba a verse más claro por el horizonte, aunque todavía no había ningún tono anaranjado. No tenía mucho margen, pero era mejor que nada.

—Entonces no queda mucho tiempo. Usted descanse. Estaré de vuelta para despertarla antes de que el príncipe venga.



Bèatrice se fue por el lado contrario al que había escogido el día anterior. El bosque era más denso por esa zona al

principio, pero luego se despejaba y había un claro con muchos menos árboles y un riachuelo que bajaba desde lo alto de las montañas. Se sentó, un poco cansada, junto a este riachuelo. Sonaba ligero, suave. Le agradaba ese sonido. El agua parecía limpia, bebible, pero no se le ocurrió ni lo más mínimo meter las manos en él. Hacía muchísimo frío, lo que menos necesitaba era incrementarlo a conciencia.

Suspiró largamente, con pesar. Tenía muy poca fe en dar con la princesa en el último minuto. Se había ido porque prefería estar en la calle, donde las horas pasaban más deprisa, antes que en su casa dando vueltas en la cama porque la noche parecía no querer acabar nunca. Tal vez fuera el mundo que les estaba dando la oportunidad de huir. Quizá había sido una mala idea permanecer en la aldea tanto tiempo, apurando y apurando hasta el último día para encontrar a la princesa. Tal vez deberían haber huido hace muchos años, tantos como tenía Nadège, y tratar de evitar a Mauvais, a Thalia y todo lo que tuviera que ver con ese reino.

Bèatrice mentiría si dijera que no se había visto tentada a hacerlo, a huir, aunque fuera ella sola de allí, sobre todo cuando Nadège enfermaba, la abuela había empezado a ponerse mal de forma crónica y su madre lo único que hacía era coser y coser e hilar e hilar en la rueca prohibida.

Pero nunca lo había hecho.

Se preguntaba cómo estarían en ese momento si sus padres hubiesen decidido hacerlo hacía años.

Tal vez su padre seguiría vivo.

O tal vez no habría sobrevivido nadie.

Sabía que no había lugar en el mundo para esconderse de ella. Le llevaría más tiempo o menos, pero al final acaba-

ría encontrándolas. Huir significaba vivir con miedo durante muchos años más, o durante muchos menos si ya hubiera dado con ellas.

Le gustaba pensar cómo habría sido su vida si nada de aquello hubiera pasado, si nunca la hubiera conocido.

Si nunca hubiese visto a aquel cuervo.

Le gustaba imaginarse que ninguna de las rucas del reino se habían quemado hacía años y que, aunque ellas tenían una, no estaba prohibida y no debían esconderse para usarla. Que su madre le había enseñado a coser y a hilar y a tejer (a hacer las tres cosas bien, no como sabía ahora, que de la falta de práctica por estar todo el día fuera los dedos ya no le respondían a las órdenes delicadas que la costura merecía) y que se podía hacer sus propios vestidos, para ella y para sus amigas.

Se imaginaba un mundo donde tenía más amigas además de su hermana, porque su madre no las había mantenido separadas de los demás niños durante todos esos años por si acaso se le escapaba a cualquiera de las dos algo sobre lo que escondían en el taller.

También se imaginaba que su padre seguía vivo. Y que la quería mucho. Que los viajes a por suministros los hacían juntos.

Por eso dolía más volver a la realidad.

Bèatrice salió de sus pensamientos cuando escuchó a lo lejos el ruido de lo que parecía una celebración. Se detuvo un momento y prestó atención para saber de dónde venía. Los malditos pájaros cantando se interponían en su tarea, así que tuvo que espantarlos de nuevo con un movimiento de rama al igual que había hecho hacía escasas horas.

Del sur.

Fuera lo que fuera ese jolgorio, venía del sur.

Se recogió la falda y la capa que se había echado por encima para protegerse del frío en la misma mano y echó a correr. Seguir ese ruido implicaba cruzar el riachuelo y entrar en una zona de lo más pedregosa en la que se le quedó el tobillo enganchado más de una vez por la prisa con la que iba. A pesar de ello, merecía la pena. Nunca antes de todas las veces que había estado por allí había escuchado nada (jamás había pensado que podría haber alguien por esos lares llenos de rocas y matas) y mucho menos un barullo como aquel, que era propio de la exaltación de Nadège.

No tuvo que correr demasiado para ver una casita.

Tenía los ladrillos pintados de blanco y rojo y el tejado de una tonalidad ocre. No era la casa de nadie que ella conociera, de ningún vecino de la aldea, al menos de los que frecuentaba el mercado. Si seguía más al sur, los árboles cubrían por completo todo y hacían imposible seguir avanzando. Era un sitio demasiado inhóspito para ser un hogar.

A menos que no quisiesen que nadie supiera dónde se encontraban. A menos que no quisieran que nadie llegara hasta allí.

Fueran los que fueran los motivos que les habían llevado a alojarse allí, debían de haber sido todo un acierto. Para armar semejante escándalo debían de estar muy alegres por alguna razón.

Por ejemplo, el cumpleaños de alguien.

Bèatrice se acercó sigilosa como acostumbraba a ser y todo lo rápidamente que pudo. Si abrían la puerta principal en ese momento, la pillarían a punto de esconderse para escuchar a hurtadillas.

No fue así.

Nadie salió y Béatrice tuvo tiempo para colocarse debajo de una ventana que estaba entreabierta y ponerse a escuchar.

—¡Veinte años! ¡Oh, querida, veinte años!

—¡Ya tienes los mismos que nosotras!

—Ya te gustaría...

Hubo una risita.

Béatrice identificó a tres personas distintas hablando. Habría puesto la mano en el fuego por que eran tres mujeres, aunque una de ellas tenía la voz mucho más grave y ruda que las demás.

—Aurora, ¿por qué no vas a recoger algunas flores por el valle? ¿Eh?

Béatrice apoyó la cabeza contra la pared con fuerza y resignación.

Aurora.

Ella no buscaba a ninguna Aurora.

Ni siquiera conocía a nadie que se llamara así.

La breve esperanza de que se hubiera tratado del escondite de Thalia se esfumó.

Entonces habló una voz mucho más fina, suave como los pétalos de una flor. Había recelo en esa voz.

—¿Flores? ¿Para qué necesitamos flores?

—¡Pues para celebrar tu cumpleaños como corresponde, claro que sí!

—¡Y para mantenerte lej...!

—¡Hasta luego, Aurora! ¡Y recuerda, no te alejes demasiado!

—¡Y no hables con desconocidos!

—¡Ten cuidado con los lobos!

El portazo que hubo a continuación le dio un susto. Bèatrice se arrastró por la pared hasta dar con la puerta principal, que quedaba al otro lado, y vio a una joven de pelo largo y brillante como el oro más puro.

Como el que le había descrito su madre cuando la mandó buscar a la princesa en primer lugar. Sus manos dejaban ver una piel muy blanca, demasiado para una campesina que trabajaba bajo el sol.

Pero la habían llamado Aurora.

Dentro volvió la fiesta y Bèatrice tuvo que decantarse por seguir a aquella joven o quedarse escuchar un poco más.

—¡Llegó el día! —escuchó decir a la del tono más bajo.

Eso la terminó de convencer.

Bèatrice se asomó un poco por la ventana y dentro de la casa vio a tres mujeres regordetas (una pelirroja, una morena y otra rubia), vestidas con ropas de campesinas.

Las mujeres lanzaron las cofias al techo y dejaron ver unas largas melenas decoradas con florecillas diminutas. Todas tenían el pelo exageradamente rizado.

—¡Se acabó la vida aldeana! ¡Ay, qué veinte años más largos! —dijo la rubia.

—Será por lo que has trabajado tú en todo este tiempo —replicó la pelirroja, que era la de voz grave.

—Pues puede que no tanto como tú, pero sí que he tenido miedo todo el rato.

Bèatrice conocía esa sensación.

—Y eso por fin se ha acabado. Ha llegado la hora de decirle a Aurora quién es en realidad.

¿Aurora?

¿Era posible?

¿Cabía la posibilidad de que la hubiesen criado con un nombre distinto al que le habían dado sus padres?

—Ay, nuestra Aurorita. ¿Qué cara creéis que va a poner cuando le digamos que en realidad es la princesa Thalia?

Bèatrice sintió que le fallaban las piernas y se cayó al suelo, quedándose sentada sobre algunas de las flores que había plantadas por allí. Afortunadamente ninguna de las tres mujeres que había ahí dentro la escuchó y, para cuando conocieran la tragedia que había hecho en su jardín, ella ya se habría ido.

—¡Étoile! ¡Haz el favor de bajar la voz! ¿Qué quieres, que todo el mundo sepa el último día que la princesa ha estado aquí? ¿Que la... encuentre? ¡Es peligroso!

—¿Entonces para qué la hemos mandado a recoger flores? Debería seguir encerrada entre estas cuatro paredes, como en las últimas dos décadas.

—No es la primera vez que sale de paseo, estará bien. Además, tenemos que prepararle la fiesta y para eso necesitamos las varitas.

—¿Vamos a hacer magia otra vez por fin? —preguntó la tal Étoile con una ilusión apabullante.

—No sé cómo quieres que organicemos una fiesta a la altura de lo que una princesa necesita si no. Además, será su última fiesta fuera del palacio. Tenemos que hacerla memorable.

Hubo cacharros que sonaron los unos contra los otros, muebles que se arrastraron por el suelo y...

Tres varas plateadas que salieron de uno de los cajones. Tres varas brillantes que nada tenían de corriente.

Tres varitas mágicas, una para cada una de las hadas que habían mantenido a salvo a la princesa Thalia durante todo ese tiempo.

—¿Qué color creéis que le gustará más para su vestido de cumpleaños?

—El que mejor conjunto haga con la corona.



A Bèatrice le interesaba más bien poco el sabor de la tarta (de fresas) o el color del vestido de la princesa (gris con un ligero matiz verdoso; una pésima elección, para su gusto) así que tras escuchar aquello se fue tras los pasos de Aurora... La princesa Thalia.

La princesa Thalia.

Por fin.

No tardó en alcanzarla. La princesa iba dando un paseo como si se estuviera tomando la definición de la palabra de forma literal, deteniéndose de vez en cuando a recoger las flores que considerara más bonitas, oliéndolas, y no dudaba en dejarlas en su sitio si en su ramo no acababan de encajar.

Y tarareaba.

Parecía una canción de cuna, o puede que una de esas que cantaban los niños pequeños cuando juegan. A Bèatrice le sonaba un poco. Ella creía no haberla cantado nunca, pero puede que se la hubiese escuchado a alguien por la calle de vez en cuando y por eso creía conocerla.

Cuando vio que empezaba a hablar con los animales, Bèatrice ya sintió una gran pena hacia ella.

—¿Ha oído eso, señora Liebre? Hoy es mi cumpleaños. Las tías me han dicho que cuando cumpliera veinte años iba a ser muy especial... Oh, gracias por su felicitación, señor

Pájaro. ¡Por supuesto que me agradaría escuchar la magnífica canción que me ha preparado!

El pájaro empezó a cantar y Aurora (la princesa) lo acompañó con una canción que se inventó sobre la marcha.

Bèatrice tuvo suficiente y por primera vez en toda su vida, su huida no tuvo nada que ver con el pájaro. El sol estaba casi a punto de salir por completo y no podía dejar de sentir lástima por esa joven. Si se quedaba un solo segundo más, en vez de confesar su paradero lo que haría sería llevársela a su casa, darle una buena sopa caliente (de lo que tuvieran, la parte buena era que no estaba acostumbrada a comidas de lujo) y escucharla durante las horas que hiciera falta.

Al menos durante las que le quedaban a ese día para que se acabara y pudiera considerarse a salvo.

Capítulo 3

La última vez que hilaría

El príncipe se montó en un caballo blanco, el que sería de la princesa ese mismo día más tarde, cuando las hadas le contaran la verdad y la llevaran a palacio. Era solo uno de las decenas de regalos que le esperaban a Thalia al volver a su vida. Años y años de regalos acumulados: joyas, vestidos, libros, caballos y perfumes. Todo la estaba esperando para cuando regresara.

Ocurriría después del almuerzo. Ya faltaba poco. Solo unas horas más en comparación con los veinte años que habían pasado. Aquello no era nada. Pero Philippe se encontraba demasiado emocionado como para quedarse ni un segundo más dentro del castillo, sentado a esperarla. Intentó hacer cosas para que el tiempo pasara más rápido. Trató de empezar a leer hasta siete libros distintos, pero su mente pronto divagaba hasta la princesa de nuevo. Cómo sería, cómo reaccionaría ante la verdad. Cómo reaccionaría al verle y saber que estaba prometida con él desde que nació.

Estaba a punto de conocer a su princesa. A la que sería su esposa.

La emoción de Philippe no era necesariamente buena. Se preguntó qué haría él si estuviera en su lugar, si de repente

dejara de tener la vida que siempre había tenido para meterlo en un castillo a gobernar un reino y a obligarlo a casarse con alguien a quien no conocía. Philippe pensaba que él era un buen chico: era guapo, o eso decía todo el mundo que lo veía; era educado, de eso se había encargado él mismo; era agradable, inteligente; estudioso... Thalia podría haber tenido mucha peor suerte.

Philippe sabía que su futuro estaba ligado al de Thalia desde que había acudido a su ceremonia de presentación, a pesar de ser solo un niño. Le dijeron cosas y hablaron en términos que no entendía desde tan temprana edad que asumió rápido que su reina sería una muchacha que tardaría en conocer. Y pensaba en ello como algo natural, lógico.

El príncipe no estaba nervioso por su hermosura, ya cuando nació la habían llamado hermosa y eso que a Philippe los bebés le parecían todos igual de redondos e incalificables. Un bebé no era guapo o feo. Un bebé era un bebé y era prácticamente igual al resto de bebés de su misma edad.

Aunque a ese bebé en concreto se le había proporcionado, junto a muchos otros, el don de la belleza. Tal vez por eso sabían que sería guapa, inteligente, buena, sincera...

Y que corría el riesgo de morir a los veinte.

Philippe no se acordaba de ella, pero le importaba poco que fuera hermosa. Lo que esperaba con todo su corazón era que fuera interesante. Que no resultase una pesadilla compartir la vida con ella.

No le cabía nada en el estómago esa mañana. Hacía tanto tiempo que le llevaban diciendo «cuando la princesa cumpla veinte años» que siempre era una fecha muy lejana.

Y ahora había llegado.

Qué suerte tenía Thalia en ese sentido, que no le iba a dar tiempo a estar nerviosa.

Philippe se marchó sin desayunar, a lomos del caballo de Thalia, hacia el taller de Eugenie. Le dijo que estaría al amanecer, así que en cuanto los primeros rayos de sol asomaron por un lado del cielo, llamó con los nudillos a la gruesa puerta de madera.

En cuanto bajó la mano apareció una joven a su lado. Tenía el pelo negro, enmarañado, la cara sudada y parecía que acabara de ver un fantasma.

—Alteza —saludó con una reverencia y, para sorpresa del príncipe, no titubeó en una sola sílaba. Luego se dirigió a la puerta, dispuesta a abrirla, pero desgraciadamente a la madre de Bèatrice se le había ocurrido la brillante idea de echar el cerrojo.

—Oye, respeta el orden de llegada —espetó el príncipe de mala gana—. Todos tenemos prisa.

La joven frunció el ceño.

—¡Madre! —gritó desde fuera, aporreando la puerta con mucha más fuerza de lo que había hecho Philippe, con todo el puño cerrado—. Vuestro cliente os espera.

Se mordió el labio.

—Supongo que me he pasado de listo. Ayer no estabas aquí —trató de excusarse, torpemente. Por eso no solía ser grosero. Uno nunca sabía hasta qué punto podía equivocarse solo por intentar sonar más listo que otra persona—. ¿Tú eres la que sale a hacer los recados?

—¡Madre! —llamó de nuevo.

—Oye, te estoy hablando.

—A ninguno de los dos nos entusiasma la compañía del otro, alteza, no hay necesidad de alargarla más de lo necesario.

Eso fue demasiado. El príncipe era amable, pero no idiota. Era un monarca por encima de todo, y se le debía un respeto.

—¿Cómo te atreves a...?

La puerta se abrió en ese mismo instante, dejando ver a una Géraldine con unas grandes ojeras marcadas y el pelo bastante despeinado fuera de la cofia, la misma que había llevado el día anterior.

—Pasa para dentro, Bèatrice, pasa antes de que acabes el resto de tu vida en las mazmorras. ¿Qué son esos gritos? Y menos delante del príncipe, Bèatrice, ¿esa es la clase de modales te he enseñado yo?

La mujer susurraba, pero su hija y el príncipe estaban tan cerca que él se enteró de todo. La agarró por la parte superior del brazo, clavándole los dedos y tirando de ella hacia el interior del taller. La empujó tan fuerte dentro que la muchacha trastabilló y casi se golpeó contra la mesa de trabajo.

—Disculpe a mi hija, por favor. No maneja su lengua. Ni sus puños...

—Hazle llegar que, por menos, hemos cortado lenguas en mi reino. —Claro que no había sido él. Ni siquiera era una cosa que quisiera mantener cuando fuera rey—. Que agradezca que hoy es un día de festejo.

—Por supuesto, alteza, muchísimas gracias, mi excelentísimo señor...

—¿Y mi traje? —preguntó, tanto para que Géraldine dejara de hablar como para poder irse de allí lo antes posible.

—Claro, mi señor. Aquí está, su excelencia...

Géraldine lo condujo hasta la mesa con la que su hija casi se había tropezado. El príncipe echó un primer vistazo e hizo un gesto con los labios, demostrando que estaba gratamente

sorprendido con el trabajo que veía. Estudió los botones y las costuras y el interior de todas las prendas, incluidas las suelas de las calzas.

—No está nada mal. Y en tiempo récord. ¿Lo has hecho tú sola?

—Me... m-me ha ayudado mi otra hija, Nadège, la pequeña...

Béatrice bufó desde el fondo y Géraldine se tuvo que contener mucho para no lanzarle una mirada asesina.

Philippe hurgó en la bolsita de terciopelo en la que se había llevado las monedas para pagarle el traje. Al principio sacó tres monedas de plata, pero al final decidió darle cinco y bastantes más de cobre.

A Béatrice le recorrió un escalofrío cuando una de estas últimas se cayó al suelo y rodó casi hasta sus pies.

Recordó cuando había sucedido algo parecido, cuando una moneda (aunque era de oro) había caído al suelo con su repiqueteo metálico.

—¿Tendrías alguna habitación donde pudiera cambiarme? —preguntó Philippe—. ¿Al fondo?

—¡No!

Béatrice gritó desde allí. Se sentía segura estando cerca de la rueca cuando había clientes en el taller, pisando la alfombra para asegurarse de que nadie la movía, que nadie veía lo que había abajo. Su madre la asesinó con los ojos, muy abiertos, lanzándole una advertencia muda. El príncipe, por su parte, inclinó la cabeza hacia ella con una ceja enarcada.

—Qué poco le gusta a tu hija la monarquía, según veo.

—Es que los cuentos de princesas nunca le han gustado. Béatrice, súbete para arriba ahora mismo.

—Pero, madre, ¿es que se ha vuelto loca? —replicó la joven, recibiendo más empujones por parte de Géraldine, que había sacado una fuerza sobrenatural de dentro para casi arrastrarla. Nadie diría que sus flacuchos brazos podrían con ella.

—¡Para arriba, he dicho! ¡Y que no te vuelva a oír esta mañana! —Luego sonrió al príncipe—. Pase, por favor. Y disculpad a mi hija de nuevo y todo este espectáculo, no es a lo que acostumbramos aquí. Tendréis toda la intimidad que necesitéis, tomaos vuestro tiempo. Nadie viene tan temprano. Aquí es donde terminamos de hacer los últimos arreglos, ¿sabe? Si algo no ha terminado de ajustarse a vuestro gusto no dudéis en decírmelo.

Bèatrice seguía la conversación desde arriba, aunque no había llegado a subir del todo.

Sacudió la cabeza. Era un error. No se podía creer que su madre estuviera siendo tan tonta de permitir que ese príncipe pasara a la sala donde ocultaban la rueca. ¿Y si movía la alfombra? ¿Y si notaba las bisagras bajo los pies y se preguntaba qué habría allí abajo? ¿Y si lograba abrir la trampilla? ¿Y si...?

—¿Bèatrice?

La voz sonaba rasposa, débil, como lo hacía siempre. Era Eugenie. Bèatrice se acercó hasta ella y se sentó a su lado.

Hacía años que su abuela apenas podía moverse. Tenía recuerdos de ella mucho más sana, pero eran muy vagos y difusos.

Salvo en el que estaba el cuervo.

—Buenos días, abuela. ¿Cómo está?

—¿Dónde está tu madre?

—Está abajo con... con un cliente. ¿Ha tomado algo ya?

—preguntó para desviar el tema.

—No. Estaba tu madre a punto de ayudarme a levantarme cuando has aporreado la puerta.

Bèatrice apretó los labios.

—Lo siento. ¿Y Nadège?

—Hilando. Desde bien temprano.

La joven palideció.

—¿Cómo que hilando?

—Sí... —Una tos—. Se ha despertado muy pronto hoy.

Se levantó a toda prisa, dejando la arrugada y nudosa mano de la anciana sobre su regazo de una manera mucho más brusca de la que había pretendido y de la que sin duda Eugenie se merecía.

A su abuela normalmente no se le iba la cabeza. Normalmente. Había veces que le daba fiebre y tenía pesadillas y eso la llevaba a decir cosas que no tenían sentido, como que Nadège estuviera hilando con una rueca prohibida tan temprano justo debajo de donde el futuro marido de la princesa Thalia se probaba su traje nuevo. Porque ponerse a hilar cuando se sabía que el príncipe, el mismísimo príncipe en persona, iba a ir a recoger su traje nuevo era una soberana locura. Y su madre tenía que haberlo impedido.

Se sintió mal por lo que pensó a continuación: que ojalá fuera una de las fiebres lo que había hecho que Eugenie dijera semejante locura.

Pero todo apuntaba a que no iba a ser así. Nadège no estaba en su habitación. Y si no seguía durmiendo y no la había visto en el taller, había pocos sitios más donde se le ocurría que podría estar.

¿En qué estaba pensando su madre?

¿En qué estaba pensando Nadège?

Ah, pero ella no sabía nada.

Sabía que la rueca que tenían no estaba permitida, pero Géraldine nunca le había dicho nada más. Sabía que la princesa había sido maldita y por eso las habían quemado todas. No sabía por qué era tan importante encontrarla antes de que cumpliera los veinte años. No sabía ni siquiera que había que encontrarla.

Su madre no se lo había dicho.

Y Bèatrice había respetado su decisión y también había mantenido la boca cerrada al respecto.

—¿Bèatrice?

La voz apenas le salía a su abuela de los labios. Otra vez. Acudió de nuevo a su encuentro. Seguía donde la había dejado.

La abuela Eugenie era la única que Bèatrice había conocido. Era la persona más vieja de toda la aldea y quizá de todo el reino, pero eso ella no tenía forma de saberlo con seguridad. Caminaba muy encogida y enseguida se cansaba, así que a duras penas salía a que le diera el aire y cuando lo hacía solía ser del brazo de una de sus nietas. O de ambas.

A ella le gustaba su compañía. Era la que más consuelo le había dado cuando su padre murió.

—¿Va todo bien?

—Sí, abuela —mintió—. Es que me ha extrañado que Nadège estuviera hilando —pronunció esa última palabra mucho más bajo que las demás, por si acaso el príncipe la escuchaba, por si acaso tenía un oído sorprendentemente afilado, como ella—. Eso es todo.

—Tu hermana sabe lo que hace, Bèatrice.

—Lo sé, abuela —mintió de nuevo. Nadège no podía saber lo que hacía, no siempre, porque no sabía toda la verdad. Aquello no tenía nada que ver con el hecho de que estuviera

hilando. Nadège hilaba mucho mejor que ella, eso no lo ponía en duda, pero no porque fuera mayor, sino porque había pasado mucho más tiempo haciéndolo mientras que ella buscaba y buscaba a Thalia—. Vamos, la ayudaré a vestirse.



La puerta principal se cerró un rato más tarde, después de que Géraldine terminara algunos pequeños ajustes de la jaquetilla y el príncipe se considerara completamente satisfecho con los resultados. No parecía que hubiese sido cosido en menos de un día, ni que su autora fuera una costurera de aldea sin más. A lo tonto había pasado tanto tiempo allí que no faltaba casi nada para la hora del almuerzo para que las tres hadas le contaran la verdad a Thalia.

Para verla por primera vez.

Cuando Philippe se paró a pensarlo le vino todo el nerviosismo de golpe.

Se fue con mucha más prisa de la que había llegado.



Bèatrice se aseguró de que se alejaba bastante por la ventana superior de su casa y a continuación bajó corriendo las escaleras.

Justo a tiempo para ver que su hermana salía de la trampilla.

—Ha sido una locura.

—Ya es suficiente.

—Estoy bien, Bèa.

—Él... el príncipe... Podría haberse dado cuenta.

—He apagado la vela cuando madre ha pisado fuerte en el suelo. Tú es que casi nunca bajas, pero desde allí se oye todo. He parado de hilar hasta que se ha ido y ya está.

Por supuesto que Bèatrice casi nunca bajaba, no a menos que su madre se lo *ordenara*; no se lo pidiera, se lo ordenara expresamente. Era imposible mirar ese hueco, ver esa rueca y no pensar que desde que la tenían allí sus vidas no habían hecho más que retorcerse cruelmente de mal en peor.

Esa rueca llevaba en su casa más tiempo que Nadège.

—¿Cómo se te ocurre hablarle de esa manera a un príncipe? —le espetó su madre, agarrándola por el brazo con tanta fuerza que le hacía daño—. ¿Tienes idea del lío en el que te podías...? ¿En el que *nos* podías haber metido?

—No lo quería cerca de aquí. Hoy no. —Miró a Nadège—. ¿Por qué tenías que hilar tan temprano? ¡Hoy se acabará la restricción! ¡Era solo una cuestión de tiempo! Después de veinte años... ¿qué más daba? Mañana podremos comprar otra rueca, una legal.

—Se lo he pedido yo, Bèatrice. Ayer gasté todos los hilos que me trajiste la última vez con el traje del príncipe, y necesito terminarle su saya a Josephine hoy, que ya voy tarde.

—Lo único que digo es que...

—Es que nada, Bèatrice.

—Madre... —empezó Nadège.

—No, es que ya está bien —cortó, echando un rápido vistazo a su hija pequeña y devolviéndosela a Bèatrice con frialdad—. Tu hermana, desde que ha llamado a la puerta esta mañana, lo ha hecho a base de mala educación, y creo que a lo largo de todos estos años os he dado a ambas...

—¡No! ¡Madre!

Nadège señaló la ventana del taller, prácticamente rota. Lo bastante abierta como para ver la criatura que había decidido hacerles una visita.

Era un pájaro.

Bèatrice soltó un grito.

A Bèatrice le daban miedo los pájaros. No todos, pero sí muchos. La mayoría, quizá.

De todos, los cuervos eran los peores.

—Está aquí.